

tro López como Manuel de la Parra, Miguel Fermatt, Adrián Mendieta, Maricela Salas, entre muchos otros privilegiados. Los otros esperaban en el CUEC, en la Del Valle, para aprender las tareas de la cámara con la fotografía documental y testimonial. El grupo *Octubre* con Armando Lazo; también Jorge Acevedo, Antonio Saborit, Alberto Cortés, todos ellos con José Roviroso y Manuel González Casanova, fundaron y le dieron sentido a esa pequeña y aguerrida escuela.

Finalmente, Mayra Mendoza aporta la importancia del resguardo de las imágenes y el archivo documental de Ignacio López Bocanegra en el Sistema Nacional de Fototecas del INAH, donde está el material para su consulta y su análisis, custodiado, resguardado y ordenado

para seguir dotando al mundo de sus capacidades, como dice Mayra: “Recibir una colección con toda esta documentación no sólo constituye el sueño del archivista, del catalogador y de la institución por completo, sino también del investigador. Contar con la información de primera mano del autor, agrupada bajo un criterio particular, abre todo un mundo de posibilidades” (p. 324).

Y si bien es un gran avance en la presentación y revisión de la obra del artista de la lente, aún faltan otros materiales por rescatar: los textos de López en el diario *Unomásuno*, pues él fue el único de la época que escribió y “tiro línea” del fotodocumentalismo y los fotógrafos militantes, desde el ámbito de lo veraz, lo verosímil, la pulcritud y la honestidad del fotógrafo a prueba

de prebendas y chayotes. También queda por rescatar su fotografía arquitectónica con imágenes urbanísticas de Félix Candela y Manuel Larrosa, que ya ha trabajado en parte en su tesis de maestría Isaura Ocegüera, pero aún resta mucho por develar.

En síntesis es factible asegurar que es un gran libro de nuevas vistas iconográficas, de historias no contadas, que rompe con la inercia y la repetición de un Nacho López etnólogo, fotógrafo de la pobreza, de lo documental, del fotoensayo y ¿nada más?. Está aquí un nuevo Nacho López, uno atrevido, audaz, erotizado, productivo, esteta de lo íntimo, donde los pies vuelan y las imágenes bailan al son de una fotohistoria que tiene mucho que contar.

El propósito de historiar

Esther Acevedo

Enrique Florescano, *La función social de la historia*, México, FCE (Breviarios, 576), 2012.

En *La función social de la historia* Enrique Florescano nos enfrenta, a través de pequeños ensayos,

a diversos problemas que retan al historiador en el oficio de historiar. La primera parte está dedicada a la explicación de la función social de la historia, en ella recupera escritos de las revistas *Diógenes* y *Vuelta* de 1995 (y que gracias al índice de *Vuelta* por internet lo pudimos recuperar) y en él vemos

las simientes de los primeros cuatro estudios, donde se desarrolla: el concepto de identidad y sentido colectivo; enuncia la obligada posición crítica del historiador frente a los hechos; marca el tiempo de la historia como tiempo construido; en tiempos donde para escribir la historia se desplegaba la voluntad

de Dios o del monarca, hasta un tiempo lineal progresivo dirigido hacia el futuro.

En el siglo de la Ilustración, donde la autoridad de Dios, los monarcas y los papas fueron sometidas a las fuentes y a la crítica de ellas. El relato sería después gobernado por el progreso (que más adelante será cuestionado), en el cual se afirma que en el tiempo humano nada es definitivo ni puede aspirar a ser eterno.

A partir de los orígenes del historiar empezamos un lento y largo recorrido por la historiografía: desde los primeros historiadores y los diferentes autores y libros que han construido paradigmas cambiantes, a través de los siglos que abarca la mayoría de los ensayos; un recorrido útil para el historiador que empieza, así como un recordatorio para preguntarse de dónde viene la metodología que usa el historiador en su trabajo cotidiano.

En esta amplia revisión, desde los orígenes hasta el llamado giro lingüístico, he de señalar que, a diferencia de los tratados sobre historiografía donde el énfasis se pone en aquella creada en países occidentales como Francia, Alemania e Inglaterra —integrando a esta última la estadounidense—, Florescano hace hincapié en México y su historiografía; su alegato de los pueblos sin historia lo llevan a demostrar que son otras fuentes las que se deben consultar para estudiar su historia, formadas éstas por los códices, los monumentos, la escultura, la cerámica, los murales, la cultura de la oralidad, siguiendo en tiempos de la Conquista con los primeros libros de los conquistadores y misioneros, quienes empiezan

a formar un cúmulo historiográfico para quien quiere ver a ese otro.

Interesante sería comparar, por ejemplo, la profesionalización de los historiadores en Europa y en México: el autor fija las fechas europeas a finales del siglo XVIII, en el siglo de la Ilustración, cuando la historia se separa de la tradición cristiana y adquiere la forma de una disciplina con fines propios y cuya meta es alcanzar la verdad. El ascenso de los estados nacionales y la afirmación de la enseñanza en la universidad apartaron a los historiadores de los anticuarios; la fundación de cátedras en Alemania marcó la profesionalización del historiador, y los temas también cambiaron: se secularizaron. En México la historia no entró a la universidad en el siglo XIX, esta disciplina era llevada a cabo en el Museo Nacional por conocedores, y no empezó a ser secularizada sino hasta después de la guerra de reforma. Sería necesario hacer un recorrido de las historias escritas durante la Colonia y la del siglo XIX en y sobre México para conocer los paradigmas que estos historiadores, no formados académicamente, tuvieron en cuenta.

Para el autor, en México, fue hasta el siglo XX, desde 1940, cuando se separa “al historiador contemporáneo de sus predecesores con la institucionalización de las tareas históricas”. En esa fecha se inicia en México en gran escala —primero en la capital y luego en las provincias— la fundación de institutos y escuelas, cátedras, seminarios, destinados a crear profesionales de la enseñanza y especialistas en la investigación histórica.

Florescano tiene un punto de vista crítico frente a la separación del

grupo académico y administrativo de las instituciones, pues ello conllevó a la creación de un espacio profesional instituido por el mismo oficio. Los investigadores crearon un poder gremial que en breve tiempo acabó por desafiar el poder institucional. Si antes de 1940 el historiador se fundaba en la cantidad de conocimientos que tenía, la especialidad ha tenido sus costos, los temas giran en lo que tiene valor de mercado, los cursos generales han sufrido y la preferencia se da a los seminarios de especialización. De 1950 a 1980 —nos dice— no se distingue un programa, sino más bien un mapa trazado por aventuras individuales y en el que abundan los arrancones sin continuidad, las exploraciones aisladas, los empalmes fortuitos y las rutas zigzagueantes.

Su crítica continúa en los últimos ensayos cuando escribe acerca de la proliferación de obras que no aportan nada significativo al conocimiento y, en segundo lugar, del metrónomo que existe en las universidades, que otorga prioridad a los resultados cuantitativos antes que a los cualitativos en la producción académica. Ahondando en el mismo tenor crítico será que “favorece a que los estudiantes puedan retraerse en temas atractivos pero de escasa importancia y olvidar las cuestiones morales, políticas y culturales más relevantes”.

En forjar a un ciudadano, de acuerdo con Edward H. Carr, la doble función de la historia es hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado e incrementar su dominio de la sociedad presente. Hacer de la historia un instrumento de educación política.